

Luis SÁNCHEZ NAVARRO, Retorno al principio. La revelación del amor en la Sagrada Escritura, Monte Carmelo (Burgos 2010), pp. 35-45

3. Amor y matrimonio en los profetas

Después de su entrada en la tierra prometida por mano de Josué tras la travesía del desierto, Israel comienza a vivir conforme a la Ley de Dios, concreción de los compromisos que conlleva su alianza con el Señor sellada en el Sinaí. Pero pronto –muy pronto– Israel se aparta de él, yendo en pos de los dioses cananeos; comienza así una historia doliente, caracterizada por la infidelidad de Israel y la perseverante fidelidad de Dios a su alianza. En este contexto toma cuerpo el don de la profecía: el Señor envía a su pueblo *profetas*, hombres con una profunda experiencia de Dios que le muestran el camino recto y le hablan en su nombre. En este contexto ahondan la doctrina bíblica sobre el matrimonio, íntimamente ligada al amor (uno de los ejes en torno a los que gira su predicación), y que alcanzará su cumbre en el Nuevo Testamento²¹.

3.A. El multiforme amor de Dios

La relación de Israel con el Dios “rico en misericordia” (Jl 2,13) se define por el amor. El libro de Malaquías comienza con una declaración que le recuerda al pueblo, ya vuelto del destierro, lo más esencial de su historia: “Os he amado –dice el Señor” (Ml 1,2). Este amor presenta diversas modalidades complementarias que expresan su desbordante riqueza, y que alcanzan su cumbre en la metáfora esponsal.

a) *Amor de elección*. La elección de Israel es un acto de amor gratuito de Dios, tal y como enseña el Deuteronomio:

Dt 7,7-8: No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos se ha prendado el Señor de vosotros y os ha elegido, pues sois

²¹ Para este apartado, cf. L. SÁNCHEZ NAVARRO, “Amor”; “Matrimonio”, *Diccionario del Profetismo bíblico* (ed. J.L. BARRIOCANAL) (Burgos 2008) 51-55; 434-438.

el menos numeroso de todos los pueblos; ⁸ sino por el amor que os tiene y por guardar el juramento hecho a vuestros padres, por eso os ha sacado el Señor con mano fuerte y os ha librado de la casa de servidumbre, del poder de Faraón, rey de Egipto.

Los libros proféticos atestiguan y profundizan esta realidad. Israel es la viña que el Señor mismo plantó y cuida con esmero (Is 5,1-7; Ez 17,5-6); “eres precioso a mis ojos... y yo te amo” (Is 43,4). Pese a las infidelidades de su pueblo, este amor “eterno” de Dios (Is 54,8; Jr 31,3; 33,11) renovará a Israel: “Él exulta de gozo por ti, te renueva por su amor” (So 3,17); así el Señor mostrará la santidad de su Nombre (Ez 39,25) y purificará a Israel de sus pecados (Ml 7,19). La presentación del Señor como el pastor de Israel (Ez 34) expresa también esta realidad del cuidado amoroso de Dios. Pero el amor de Dios no se limita al pueblo elegido; igual que, según testimonian los profetas más recientes, la elección de Israel apunta a una salvación universal (cf. Is 66,18), así el amor del Señor abarca también a las naciones. Ante la asombrosa conversión de la pagana Nínive, que le granjea el favor de Dios y la libra del castigo, Jonás exclamará: “Yo sabía que tú eres un Dios clemente, compasivo, paciente y generoso, que se arrepiente del castigo” (Jon 4,2). El Señor, creador universal (cf. Génesis 1-2), ama a todos los hombres.

b) Amor paterno. El Señor se ha mostrado con Israel como un padre lleno de amor: “Cuando Israel era niño lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo” (Os 11,1); mas pese a las pruebas de ternura prodigadas con él (“Yo enseñé a Efraín a caminar”), Israel se aleja dando culto a los dioses (Os 11,2-3). Sin embargo este abandono no apaga el amor paterno-materno de Dios por su pueblo: “¿Es un hijo tan querido para mí Efraín... que tras haberme dado tanto que hablar, tenga que recordarlo todavía? Pues, en efecto, se han conmovido mis entrañas por él; ternura hacia él no ha de faltarme –oráculo del Señor” (Jr 31,20); “Dice Sión: el Señor me ha abandonado, el Señor me ha olvidado. ¿Acaso olvida

una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ellas se olvidaran, yo no te olvido” (Is 49,14-15; cf. Jr 31,20). El amor del Señor se manifiesta así como medicina que devuelve la salud al hijo enfermo: “Yo sanaré su infidelidad, los amaré gratuitamente” (Os 14,5). La promesa de restauración escatológica de Israel es presentada, en fin, con rasgos de ternura materna: “Como uno a quien su madre consuela, así yo os consolaré, y en Jerusalén seréis consolados” (Is 66,13).

c) Amor sponsal. La gran innovación profética, original de Oseas y retomada por los libros de Isaías, Jeremías y Ezequiel, consiste en describir la relación del Señor con su pueblo como una alianza nupcial: “Me comprometí con juramento, hice alianza contigo –oráculo del señor el Señor– y tú fuiste mía” (Ez 16,8); de hecho el largo capítulo 16 de Ezequiel es una lectura de la historia de Israel desde este prisma. La pasión amorosa propia de los esposos es por tanto audazmente atribuida al amor de Dios; un amor “erótico” que requiere la exclusividad. Tal como enseña Benedicto XVI:

Los profetas Oseas y Ezequiel, sobre todo, han descrito esta pasión de Dios por su pueblo con imágenes eróticas audaces. La relación de Dios con Israel es ilustrada con la metáfora del noviazgo y del matrimonio; por consiguiente, la idolatría es adulterio y prostitución. [...] La historia de amor de Dios con Israel consiste, en el fondo, en que Él le da la *Torah*, es decir, abre los ojos de Israel sobre la verdadera naturaleza del hombre y le indica el camino del verdadero humanismo. Esta historia consiste en que el hombre, viviendo en fidelidad al único Dios, se experimenta a sí mismo como quien es amado por Dios y descubre la alegría en la verdad y en la justicia; la alegría en Dios que se convierte en su felicidad esencial: “¿No te tengo a ti en el cielo?; y contigo, ¿qué me importa la tierra?... Para mí lo bueno es estar junto a Dios” (*Sal* 73 [72], 25. 28).²²

²² BENEDICTO XVI, *Deus caritas est* (Ciudad del Vaticano 2006), 9.

Pero Israel es infiel; la singular vocación de Oseas expresa esta realidad, pues ha de casarse con una prostituta (Os 1) o adúltera (Os 3) para simbolizar a Israel, entregado a los ídolos. Hasta el punto de que el Señor parece repudiar a su esposa, divorciarse de ella (Os 2,4; Is 50,1); “entregué el cariño de mi alma en manos de sus enemigos” (Jr 12,7). Pero esta reacción pedagógica no es definitiva porque el Señor, esposo de Israel (Is 54,5), es fiel a su alianza: “Por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante, pero con misericordia eterna te he compadecido –dice el Señor tu Redentor” (Is 54,7-8).

3.B. *El matrimonio en la predicación profética*

El Antiguo Testamento contiene una profunda doctrina sobre el matrimonio desde sus primeras páginas, como ya hemos visto. Sin embargo la historia del pueblo elegido muestra las consecuencias del pecado para la unión matrimonial, con fracasos y realizaciones imperfectas, que a pesar de todo no impiden preservarlo como una institución fundamental para Israel. A ello se une una constante tensión para hacer resplandecer la verdad originaria del matrimonio, hasta llegar a la cumbre que supone el Cantar de los Cantares (cf. también Tb 8,4-9). En este “retorno al principio” desempeñan una misión fundamental los profetas de Israel.

3.B.i *Santidad e integridad de la unión hombre-mujer*

Los profetas exhortan a Israel en nombre del Señor a vivir el matrimonio conforme a los designios del Creador. Para ello tendrán que denunciar los abusos e infidelidades del pueblo elegido.

a) *Santidad del matrimonio y condena del adulterio.* El matrimonio, unión del hombre y la mujer, es como hemos visto una realidad santa creada por Dios (Génesis 1-2). Por ello en su de-

nuncia de Israel, los profetas se ven obligados a condenar junto a otros graves pecados también el adulterio: “No hay fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios en esta tierra, sino perjurio y mentira, asesinato y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre” (Os 4,1-2); “Pero resulta que vosotros confiáis en palabras engañosas que de nada sirven, para robar, matar, adúlterar, jurar en falso, incensar a Baal y seguir a otros dioses que no conocíais” (Jr 7,9); “... Todos ellos son adúlteros, un hatajo de traidores” (Jr 9,1; cf. Jr 23,14 y 29,23). Condenando con firmeza el adulterio, los profetas se convierten en testigos de la santidad del matrimonio; la predicación de Jesús y la catequesis apostólica irán en la misma línea (cf. Mt 5,27-32; 14,3-4; 19,3-9; 1 Cor 6,9-10).

b) *Malaquías: matrimonio y divorcio.* También el profeta Malaquías condena el adulterio y la superstición idolátrica: “Seré un testigo expeditivo contra los hechiceros y contra los adúlteros” (Ml 3,5). Pero en este libro, el último del canon cristiano del AT, hallamos una sección dedicada especialmente al matrimonio. En un contexto de denuncia al pueblo por sus infidelidades tras la vuelta del exilio Malaquías condena dos desviaciones referentes al matrimonio. En primer lugar, las uniones mixtas:

Ml 2,11-12: Judá es culpable de traición; en Israel y en Jerusalén se cometen abominaciones. Porque Judá ha profanado el santuario querido del Señor al casarse con la hija de un dios extranjero. ¹² ¡Que extirpe el Señor al hombre que hace tal, incluidos testigo y defensor, de las tiendas de Jacob y de entre los que presentan la oblación al Señor Sebaot!

Ya en el libro de Esdras aparecen estrechamente vinculados las “abominaciones de los cananeos” (es decir, la idolatría: Esd 9,1) con el matrimonio con extranjeras (Esd 9,2), lo que dará lugar a la prohibición de tomar mujer no israelita (Esd 9,12; 10,1-17). Si el hombre y la mujer al unirse forman “una sola carne” (cf. Gn 2,24), el israelita no lo debe hacer con quien no profesa la fe

en YHWH, pues lo conduciría al abandono de la alianza: este me-ro hecho indica, de manera indirecta, la profunda unión entre los esposos generada por la alianza matrimonial. A continuación Malaquías habla del divorcio:

MI 2,13-16: Y hacéis otra cosa más: cubrís de lágrimas el altar del Señor, de llantos y suspiros, porque él ya no acepta vuestra oblación, ni la recibe gustoso de vuestras manos. ¹⁴ Y encima decís: ¿Por qué? – Porque el Señor es testigo entre tú y la esposa de tu juventud, a la que tú traicionaste, siendo así que era tu compañera, la mujer de tu alianza. ¹⁵ ¿No los ha hecho un solo ser, dotado de carne y espíritu? Y este uno ¿qué busca? ¡Una posteridad dada por Dios! Guardad, pues, vuestro espíritu; no traiciones a la esposa de tu juventud. ¹⁶ Pues yo odio el repudio, dice el Señor Dios de Israel, y al que encubre con su vestido la violencia, dice YHWH Sebaot. Guardad, pues, vuestro espíritu y no cometáis tal traición.

El profeta acusa a los hijos de Israel de divorciarse de sus esposas ²³. Este hecho es visto como la violación de un pacto: la expresión “tu alianza” (2,14), con el término clásico para designar la alianza con Dios (*berit*), presenta el matrimonio como un compromiso que implica al mismo el Señor. Así leemos en otro pasaje del AT:

Pr 2,16-17: Ella [la sabiduría] te apartará de la mujer ajena, de la extraña de melosas palabras, ¹⁷ que abandonó al compañero de su juventud y olvidó la alianza de su Dios.

El matrimonio realizado en presencia del Señor tiene a Dios por testigo: él “los ha hecho un solo ser” (MI 2,15; cf. Gn 2,24). Y por tanto el Señor sale en defensa de la injusticia cometida

²³ Esto se aprecia claramente pese a algunas dificultades que afectan al texto hebreo del v. 16, y que se explican por el deseo de traductores posteriores de “suavizar”, en la línea de Deuteronomio 24, la severidad de esta enseñanza; cf. A.E. Hill, *Malachi* (New York 1998), 249.

cuando el esposo traiciona a “la esposa de su juventud”, declarando estéril el culto que se le tributa en esas circunstancias. A la vez, el divorcio es presentado como una traición (vv. 14 y 16) y una forma de violencia (v. 16) ²⁴. Este pasaje de Malaquías, uno de los grandes textos veterotestamentarios acerca del matrimonio, manifiesta el carácter sagrado de esta institución y su raigambre en el ser del hombre; revela por tanto su dimensión no simplemente social o cultural sino antropológica, que hace de la unión hombre-mujer una realidad natural. El pasaje no se basa en Deuteronomio 24, sino en Génesis 2 ²⁵; presupone el matrimonio monógamo y fiel como una realidad querida así por el Creador. Por eso no se puede herir el matrimonio con el repudio sin por ello caer en una forma de violencia. Ya hemos podido comprobar cómo el Génesis insinuaba el carácter violento de la poligamia (ver más arriba, p. 31); también el divorcio es presentado por Malaquías como fuente de violencia. Todo lo que se opone a la naturaleza del hombre es principio de violencia en la sociedad humana.

3.B.ii La alegoría nupcial

La grandeza de esta concepción del matrimonio guarda relación con el uso del símil nupcial para la alianza del Señor con Israel, que pese a tener algunos antecedentes parciales en el Pentateuco (en particular cuando se habla del “Dios celoso” o de la idolatría como prostitución) ²⁶ es como tal novedoso en la Escritura y caracteriza la enseñanza profética.

²⁴ “Malaquías ve el repudio como la prepotencia del más fuerte sobre el más débil socialmente”: T. SOLÀ, “L'exigència de fidelitat monogàmica en Malaquies 2,10-16”, *El matrimoni i l'ús dels béns en la Bíblia* (ed. A. PUIG I TARRÉCH) (Tarragona 2008) 101-126, p. 124.

²⁵ SOLÀ, “Malaquies 2,10-16”, 126.

²⁶ Por ejemplo: Ex 20,5 || Dt 5,9; Ex 34,14-16; Lv 17,7; Nm 25,1-3; Dt 4,24; 31,16. Ver T. SOLÀ, *Jahvè, espòs d'Israel. Poderosa metàfora profètica* (Barcelona 2006), 71-84: “La metàfora esponsal abans d'Osees”.

a) *Oseas*. El tema aparece con fuerza en el primero de los doce "profetas menores", pues su misma vida resulta ser una "parábola en acción" de esta realidad. El libro comienza con estas duras palabras:

Os 1,2: Dijo el Señor a Oseas: "Ve, tómate una mujer dada a la prostitución e hijos de prostitución, porque la tierra se está prostituyendo enteramente, apartándose del Señor".

Y más adelante, de nuevo:

Os 3,1: El Señor me dijo: "Ve otra vez, ama a una mujer que ama a otro y comete adulterio, como ama el Señor a los hijos de Israel, mientras ellos se vuelven a otros dioses y gustan de las tortas de uva".

En un primer momento parece que el Señor repudia a la esposa infiel: "¡Pleitead con vuestra madre, pleitead, porque ella ya no es mi mujer y yo no soy su marido!" (Os 2,4); pero al final se compadece de Israel:

Os 2,16-22: Por eso yo voy a seducirla; la llevaré al desierto y hablaré a su corazón. ¹⁷ [...] y ella responderá allí como en los días de su juventud, como el día en que subía del país de Egipto. ¹⁸ Y sucederá aquel día - oráculo del Señor - que ella me llamará: "Marido mío", y no me llamará más: "Baal mío". [...] ²¹ Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, ²² te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás al Señor.

En la conclusión del libro el Señor declara de nuevo: "Yo sanaré su infidelidad, los amaré gratuitamente" (Os 14,5). La trágica experiencia matrimonial del profeta le sirve para comprender y expresar, de forma nueva y honda, las relaciones entre Dios e Israel; "por eso, cuando habla de los pecados del pueblo los califica de «adulterio», «fornicación», «prostitución»; y cuando habla del amor

de Dios lo concibe como un amor apasionado de esposo, pero de un esposo capaz de perdonarlo todo y de volver a comenzar" ²⁷.

b) *Los profetas del exilio y el post-exilio*. Retoman esta gran intuición de Oseas y la aplican a la entera historia de Israel, presentándola como una alianza esponsal entre el Señor y el pueblo elegido. Así Jeremías, ya desde sus primeros oráculos: "De ti recuerdo el cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; aquel seguirme tú por el desierto, por la tierra no sembrada" (Jr 2,2); ello explica la ira del Señor ante su infidelidad: "¿Se olvida una chica de su aderezo, o una novia de su cinta? Pues mi pueblo sí que me ha olvidado días sin número. ¡Qué hermoso te parece tu camino en busca del amor! Y eso que hasta con maldades aprendiste tus caminos" (Jr 2,32-33). También Ezequiel acude a este poderoso símil: "Me comprometí con juramento, hice alianza contigo –oráculo del Señor el Señor– y tú fuiste mía" (Ez 16,8). El pueblo, sin embargo, es infiel a esta alianza: "Pero tú te pagaste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama para prostituirte..." (Ez 16,15); la idolatría en que frecuentemente cayó Israel después de su entrada en Canaán es descrita como una infidelidad matrimonial al Señor: "Han cometido adulterio, están ensangrentadas sus manos, han cometido adulterio con sus basuras, y hasta a sus hijos, que me habían dado a luz, los han hecho pasar por el fuego como alimento para ellas" (Ez 23,37). Dios parece recurrir entonces al "acta de repudio" que, procedente del código deuteronomico (Dt 24,1), el segundo Isaías aplica a la alianza: "Así dice el Señor: ¿Dónde está esa carta de divorcio de vuestra madre, a quien repudié?... Mirad que... por vuestras rebeldías fue repudiada vuestra madre" (Is 50,1; cf. Jr 3,8).

Pero la historia no acaba ahí; lo que parecía ser un divorcio definitivo no ha sido sino una separación temporal y pedagógica,

²⁷ L. ALONSO SCHÖKEL, *Profetas II: Ezequiel, Doce Profetas Menores, Baruc, Carta de Jeremías* (Madrid 1980), 861.

destinada a renovar la relación de amor. En uno de los textos más bellos del AT, también del libro de Isaías, el Señor promete para el futuro la plena restauración de su alianza con Israel:

Is 62,1-5: Por amor de Sión no callaré [...] ⁴ Ya no te llamarán "abandonada", ni a tu tierra "devastada", sino que se te llamará "mi complacencia", y a tu tierra "desposada". Porque el Señor se complacerá en ti, y tu tierra será desposada. ⁵ Porque, como se casa un joven con una doncella, así te desposará el que te construyó; y con gozo de esposo por su esposa se gozará por ti tu Dios.

El cumplimiento de la promesa escatológica supondrá el desposorio definitivo del Señor con su pueblo. Esta promesa se realizará con Cristo, a quien el Bautista describe como "el Esposo" (Jn 3,29; cf. Mt 9,15); en él Dios demuestra que no abandona a Israel, sino que es fiel a su pueblo, y por medio de él a toda la humanidad pecadora. Pero esto pertenece ya a "la plenitud de los tiempos".

3.B.iii Conclusión

La alegoría nupcial, gran enseñanza de los libros proféticos sobre el amor conyugal, acompaña en éstos a la purificación de la doctrina bíblica sobre el matrimonio (Malaquías en particular) y la hace posible. La imperfecta vivencia del matrimonio en Israel va adaptándose a su experiencia de la alianza con Dios. La monogamia, la indisolubilidad, la fidelidad, la misericordia... las aprende el israelita piadoso al meditar a la luz de la fe sobre la historia de su propia relación con Dios. Esto es lo que pretenden los profetas al exponer la alianza con el Señor en lenguaje sponsal. La realidad humana del matrimonio ofrece una imagen para explicar de forma comprensible y cercana la alianza de Dios con el hombre, una relación cargada de pasión amorosa; el amor humano sirve así como paradigma para hablar del amor entre Israel y su

Señor ²⁸. Pero a su vez la doctrina matrimonial se ve iluminada y purificada por la meditación sobre el amor que Dios esposo tiene por su pueblo. Entre la alianza del Señor con Israel y la alianza marido-mujer hay, por tanto, *circularidad*: una remite a la otra, y ambas se iluminan recíprocamente. Pero, como no puede ser de otra manera, la primera se convierte en el *princeps analogatum*: la relación comunal con Dios es el medio por el que Israel será cada vez más consciente de la necesidad de volver "al principio" en su vivencia del matrimonio exclusivo y fiel.